

SABER ORAR

Que no otra cosa es oración que tratar de amistad, estando muchas veces a solas con Aquel que sabemos que nos ama.

Santa Teresa de Jesús

Por Francisco Almagro Domínguez



Anecdotario

La madre de un colega llamó para contarme que su hijo había tenido problemas laborales en el país hacia donde emigró hace algunos años. Él logró revalidar su título de médico -la mayoría no lo puede hacer-, y en contra de la opinión del director de la sala, aplicó un tratamiento arriesgado para salvar la vida de un enfermo. La paciente era una ancianita, católica.

La señora mejoró de manera espectacular, pero el comité médico del hospital llevó a juicio al colega cubano por desacato. Aún así, la anciana, muy agradecida y fuera de peligro, pidió a los litigantes clemencia para quien, dijo, la había salvado de una muerte segura.

Me cuentan que el día del juicio, y antes de entrar a la corte, la señora sugirió a su cubano bienhechor que orara para que todo saliera bien. El colega contestó, lacónico, que no sabía hacerlo porque en Cuba nunca se lo habían enseñado. Ella lo miró, y con más amor todavía le dijo que lo pasado antes no era culpa suya. Pero si en estos momentos crees que algo puede ayudarte, agregó la anciana, y ese algo es Dios, pídele como yo he pedido a Él para que tú me salvaras. Esa historia me recuerda uno de esos sucesos que le cambian la vida a uno. Estaba como médico en Nicaragua, y como la mayoría de los jóvenes de mi generación, salvo por mi abuela y mi madre, nunca había oído hablar de Dios, de Jesucristo. Profesaba, además, un ateísmo que creía infalible. En la madrugada había operado a una señora de clase media; bajo el estado que acudió al hospital no habría llegado viva a Managua, la capital, sin dudas, el sitio más apropiado para intervenirla, de acuerdo con sus posibilidades económicas.

Temprano en la mañana, y todavía bajo los efectos de la anestesia, la señora dormía plácidamente. Comencé a escribir en su historia clínica, sentado muy cerca de la cama. De pronto, ella despertó y me dijo: gracias a Dios usted estaba aquí anoche, doctor. Le contesté como era habitual en mí: no, señora, gracias a Dios no; gracias a la Revolución que me ha mandado a este lugar para atenderla. Ella me miró desde su dolor de operada, quién sabe si desde otro, y respondió: no, doctor, gracias a Dios que le ha dado vida a su Revolución para que usted estuviera anoche aquí. Nunca antes me sentí tan apenado y vacío de argumentos.

Jesucristo, el gran desconocido

Tuvo que sucederme aquello, y a mi colega lo suyo, para comprender que a muchos jóvenes nos unían más cosas que una generación, la misma Patria o una profesión. Nos unía, también, y por desgracia, un enorme agujero negro cultural, un no saber que no sabíamos, una autosuficiente ignorancia y por ello, refractaria a toda apertura hacia otras realidades. Ni mi amigo ni yo sabíamos muy bien quién era Dios ni Jesucristo porque, una de las primeras cosas que aprendimos en la escuela era que no había existido. O mejor: que el tal Jesucristo era, casi con seguridad, una invención de la Iglesia. No se nos explicó de las fuentes cristianas e incluso anticristianas, que confirmaban su historicidad. Pero caso de aceptar la posibilidad de Jesús entre los hombres, este había sido un hombre como otro cualquiera, quizás un poco más lúcido que sus contemporáneos, y, eso sí, un revolucionario cuya vida estuvo dedicada a luchar junto a los pobres y en contra del Imperio Romano. Tampoco supe entonces el significado de la Cruz, y mucho menos, del misterio de su Resurrección. No recuerdo a ningún profesor escribiendo Antes de Nuestra Era Cristiana o Antes de Cristo -como se escribe hace siglos en la mayoría del Mundo Occidental-, o que ese Jesús lúcido fue un simple carpintero, nacido en un insignificante pueblito llamado Nazaret; que su revolución jamás se basó en el uso de la fuerza, y no estuvo dirigida

contra el poder romano u otro reino de este mundo. Los más osados maestros y familiares llegaban a explicar la Cruz como un símbolo; la Resurrección, una fantasía de unos amigos de cara a la muerte de su Maestro.

Tuve que ir a la Nicaragua, que se desangraba en una verdadera guerra civil, para conocer a Jesús y los Evangelios. Parece extraño, pero así son las cosas del Señor: encontrar la luz donde parecía haber solo sombras; hallar vida en el lugar donde, al decir de Lorca, la muerte ponía huevos en la herida.

En Semana Santa y en Navidad era como si se pactara una tregua entre los contendientes; en la sala donde ingresaban familiares de compas y contras heridos o enfermos, todos se ayudaban como hermanos; el Gobierno Sandinista tenía ministros que eran sacerdotes católicos, entre ellos, un importante poeta. La televisión no dejaba de pasar películas sobre la vida de Jesucristo y 2 mil años de Cristianismo en Semana Santa; las procesiones abundaban hasta en el pueblito más lejano, el más pobre y azotado por la guerra; se alzaba un enorme árbol navideño en el Palacio de Gobierno, y el cardenal Obando, una figura respetada por todos, transmitía a los nicas un deseo de paz y reconciliación para el Nuevo Año.

Aquello fue mucho, demasiado para mí y pienso que para otros, quienes habíamos ido convencidos -y, por tanto, a convencer- de que la religión era un atraso, un asunto de lucha de clases, de superestructura, de base económica y relaciones de producción.

A esta altura de la historia, me pregunto cómo mi colega iba a orar si él no sabía ni que quiere decir eso. Si le dijera que es conversar con Dios, entrar en sintonía con su Hijo, Jesucristo, puede contestar, con la mayor naturalidad, que no sabe cómo es Dios, que no conoce a Jesús para tener confianza con Él. Quizás a sus padres, abuelos y bisabuelos sí les presentaron a Jesús. Ellos tuvieron la libertad de elegir o no a Jesús como amigo. A mi colega y a mí nos escogieron los amigos con el más antiguo de los artificios: hacer como si no existiera. Tuvo Él, como suele suceder tarde o temprano, que venir hasta nosotros; a uno, en un país muy desarrollado y en tiempos de paz; a mí, en uno de los países más pobres del mundo y en medio de una guerra.

La necesidad de la oración

Antes de proseguir, una aclaración esencial. No compete a un Estado moderno enseñar esta u otra religión; pronunciarse a favor de Jesucristo, Moisés, Mahoma o Buda. La historia muestra que cuando los Estados se han aliado a una religión particular y hecho de la fe una razón de gobierno, tanto la Religión como el Estado han salido perdiendo. Las llamadas teocracias, todavía presentes en el mundo, pueden ser las peores tiranías. Lo que sí compete a un estado moderno es dar espacios públicos -en los medios de comunicación social, en escuelas y sociedades benéficas que así lo requieran- para promover su credo religioso. Las personas deben sentirse libres de escoger por una u otra religión, o por ninguna.

Este año, al cumplirse 20 del ENEC, los que nada sabíamos ni siquiera de la historicidad de Jesús, no podemos más que sorprendernos de cuánta sabiduría hubo en sus participantes; cuánto abundó el Espíritu Santo en sus mentes y corazones. En otras condiciones, creyentes y no creyentes, hubiéramos seguido la noticia del ENEC por los medios de comunicación, pues, para algunos, fue el acontecimiento más importante de la Iglesia Católica Cubana en todo el Siglo XX.

En pleno año 1986, preámbulo del desmantelamiento del campo socialista -tradicional y abiertamente combativo hacia las religiones, en especial la católica-, los participantes del ENEC apelaron al diálogo como camino cierto hacia la reconciliación. En el párrafo 88, del Documento Final, puede leerse: Queridos hermanos, razonemos nuestras opiniones, pero oigamos con respeto al otro incluyéndolo en nosotros mismos. Hagamos del diálogo la actitud fundamental y el método normal de nuestras relaciones humanas, porque muchas divisiones son artificiales e ilógicas.

En ese Documento Final, la Iglesia cubana daba prioridad a tres exigencias, válidas aún: la evangelización, la necesidad de oración y la encarnación en nuestro medio. Trataría de ubicarme en ese año, 1986, y en una masa de jóvenes como nosotros, quienes desconocíamos los Evangelios y la oración, pero que muchas veces, en secreto, admirábamos a unos poquísimos jóvenes católicos, ejemplos de personas y profesionales, verdadera Iglesia encarnada.

De todas aquellas exigencias de la Iglesia, y recordando las circunstancias que vivíamos los no creyentes, hubiera optado por dar prioridad a la oración, aún cuando pareciera lo menos comprensible. Evangelizar, orar y encarnar a Jesucristo en la Tierra es un todo, indiviso. Pero si evangelizar significa anunciar La Palabra, la Buena Nueva, y Encarnar, hacer presente y real esa Presencia, la oración es, al decir del ENEC, lo necesario para salvarse. Agrega, además: No es posible llevar una vida cristiana sin oración, menos aún hoy... La acción no sustituye ni reemplaza la oración (92).

Es lógica la falta de comprensión sobre la necesidad de orar, sobre todo en personas que, como una gran cantidad de cubanos, y hasta hace pocos años, no conocían a Cristo. Es todavía más natural esa incompreensión cuando orar se trata de un diálogo de nuevo tipo que requiere de una disposición específica, de condiciones mínimas de tranquilidad y de tiempo, de una escucha diferente. Esas son, justamente, las carencias típicas de nuestro tiempo: no estamos acostumbrados a disponernos en corazón, mente y alma para algo o para alguien; tenemos sed de sosiego y de momentos para nosotros mismos; sabemos oír, pero no escuchar; hemos perdido, y esto puede ser muy grave, hasta la necesidad de dar gracias, no a Dios, sino a amigos y familiares. El documento del ENEC explica: Orar es hablar con Dios y dejar que Dios hable; es preguntar a Dios y dejar que Dios responda; es pedir a Dios y dejar que Dios pida. Nuestra relación con Dios es relación de personas, no de ideas (94).

La pregunta habitual de una persona que no sabe orar es cómo se puede hablar con alguien que no habla, con quién no se puede ver ni tocar. No encuentro otro símil, por demás lejano, que el del diálogo con una persona amada cuando nos miramos a través de sus ojos; por sus sentidos penetramos y somos penetrados hasta lo más profundo de nuestro ser. Quienes aman profundamente saben de un momento en que sobran las palabras: el ser amado no se ve, se percibe y se disfruta; tocarle pudiera arruinar ese estado de éxtasis contemplativo.

Orar no es solo algo que se enseña o aprende ; es algo que se vive. Si la persona no lo siente como necesidad, como combustible vital para iniciar o concluir el día, será siempre un mal discípulo.

Bastaría leer a los grandes místicos, como San Juan de la Cruz, para entender en clave poética qué es la oración. Por cierto, y como debe haber sucedido con mi generación y otras muchas, San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Ávila son, también, monumentales desconocidos. Sólo después de enterarse de los aportes del cristianismo a la cultura universal, se comprende que sin esos grandes orantes, al vasto edificio de la literatura le faltarían dos de sus más importantes soportes.

A mi colega nadie lo enseñó a orar porque nadie le pudo presentar a Quién ni cómo. Pero la anciana a la cual le salvó la vida tenía razón: no había sido dueño de su temprano pasado. Ahora sí puede optar. Lo haga o no, es su decisión, no la de otros.

Creo que, como otras cosas en la vida, orar no es solo algo que se enseña o aprende; es algo que se vive. Si la persona no lo siente como necesidad, como combustible vital para iniciar o concluir el día, será siempre un mal discípulo. Tampoco recuerdo que mi abuela, cristiana hasta el último minuto de su existencia terrena, me enseñara la necesidad de la oración. Pero cuando la visitaba en su pueblo, veía cómo se arrodillaba en la oscuridad, antes de acostarse, y conversaba con alguien. En ocasiones, debo confesarlo, sentía miedo, pues me daba la impresión de que, en realidad, alguien más estaba dentro del cuarto. Después la abuela se acostaba a mi lado, y una extraña sensación de paz y amor invadía la noche. Muchos años después, ya cristiano, creo que aquella imagen es lo más grande que pudo haberme dejado en este mundo.